

PALABRAS DEL EX PRESIDENTE DE CHILE, SEÑOR RICARDO LAGOS,
CON MOTIVO DEL HOMENAJE NACIONAL A CARLOS FUENTES

CASTILLO DE CHAPULTEPEC

Ciudad de México, 17 de noviembre de 2008

Toma toda una vida llegar a ser un hombre universal.

Pero para señalar cómo, en el caso de Carlos Fuentes, se ha cumplido ese magnífico destino dispongo de preciosos cinco minutos.

No se busca ser un hombre universal. Se llega a ello tras un largo y fecundo devenir a lo largo de la existencia.

No cualquier existencia: es preciso haber llevado una existencia cosmopolita. Y cosmopolita no sólo por haber vivido en lugares diversos, sino por alcanzar una identidad bien precisa que incluye y no excluye las demás.

Una identidad que es, a un tiempo, local y global, parte esencial del proceso que vive hoy el mundo, que no suprime las lealtades locales en nombre de una lealtad humana global, ni tampoco niega esta última en razón de aquellas, sino que es la suma de tales lealtades.

Así sumó el México indígena al México español, y ambos al México mestizo, en esa sucesión de soles que nuestro hombre universal ha descrito con maestría, hasta llegar al quinto sol, el sol nuestro, aquel bajo el cual vivimos, y que lleva en sí, como los anteriores, la advertencia de su propio fin.

Fuentes ha visto a México como nadie, pero desde temprano tendió su mirada también más allá hasta descubrir América Latina y aprender, en nuestro continente, lo que ya le había enseñado su propio y singular país: la riqueza de la diversidad, y, más aun, la diversidad como base de la identidad latinoamericana.

Una América Latina que –como gusta recordarnos- bien podría llamarse “indo-afro-iberoamérica”, para que queden nombrados todos sus elementos. Porque “lo que distingue a España y a la América española en sus mejores momentos –nos dice Carlos Fuentes- es la capacidad de incluir, no la de excluir”, llamándonos, por lo mismo, a “ser centro de inclusión, no de exclusión”, puesto que allí está “la receta de un futuro bueno para nuestros países”.

Si América Latina existe –descubre el hombre universal- es gracias a la diversidad de su cultura, de sus escritores, de sus pintores, de su canto, de su música. Pero esa diversidad tiene un hilo conductor, un hálito vital, que se vuelve tangible cuando Carlos Fuentes reconoce México en Buenos Aires, en Bogotá, en Santiago de Chile, gracias, sobre todo, a un pasado común y a una lengua compartida, la lengua cervantina que él tanto admira y defiende.

La identidad que América Latina asienta en su propia diversidad nos proyecta hoy como ejemplo ante un mundo que de pronto parece querer fragmentarse a partir de distintas identidades culturales: orientales y occidentales, cristianos y musulmanes, liberales y socialistas, y la secuela de entredichos y agresiones en nombre de esas diferencias, ponen en riesgo el desarrollo y aun la paz del planeta.

Algo parecido hace, cómo no, el fundamentalismo de mercado que reniega de las instituciones públicas cuando tiene lugar la voraz y desigual distribución de los beneficios, y las llamas luego en su auxilio cuando se trata de socializar pérdidas a gran escala.

Si el mundo tiene de pronto dificultades para vivir con su propia diversidad, si nos enfrentamos a una cierta dificultad universal para entendernos y convivir como seres humanos, el tipo de hombre universal que es Carlos Fuentes -y con él nuestra América Latina, que aprendió a construir identidad a partir de la diversidad-, tienen un indudable aporte que hacer en la hora presente.

Carlos Fuentes observa América y descubre que todos somos inmigrantes, porque todos hemos llegado de otra parte. "Desde el primer hombre que cruzó el Estrecho de Bering desde Asia hace 30 o 60 mil años hasta el último trabajador que cruzó anoche la frontera entre Tijuana y San Diego. Sin olvidar a esos ilustres inmigrantes sin visas ni permisos de trabajo, los puritanos ingleses que desembarcaron en Plymouth Rock en 1620".

Nota Carlos Fuentes que las naciones de Occidente se pasearon por lo que llamamos Tercer Mundo, imponiendo valores políticos, económicos, religiosos –en general, culturales- sin pedir permiso a nadie, y que "hoy el Tercer Mundo regresa al Primer Mundo", poniendo a prueba la capacidad occidental (tanto europea como norteamericana) de recibir al otro, de reconocerse en el otro, de evitar la exclusión y el enfrentamiento.

Es aquí donde nuestro hombre universal le dice al mundo que América Latina existe, y que su convivencia dentro de la diversidad prueba que ello es también posible a escala universal.

Es la libertad, entonces, la que está en juego. No la de las mercancías ni la del dinero, para circular hasta volatilizarse incluso, sino la de las personas.

Y cuando la libertad está en juego, lo está también la igualdad. Carlos Fuentes ha visto bien la relación entre esos dos valores y denunciado la profunda inconsecuencia de quienes querrían sacrificar cándidamente uno de ellos en nombre del otro.

Porque así como nuestros libertadores vieron con claridad que la libertad no debía ser sacrificada en nombre del orden, ni a la inversa, el desafío que aún persiste en América Latina es el de equilibrar con sensatez y eficacia las demandas tanto de la libertad como de la igualdad.

Haríamos bien en insistir, al respecto, en que la solidaridad es el puente que debemos tender entre libertad e igualdad para que no se excluyan mutuamente.

Vivir en sociedad no es sólo tener relaciones de intercambio, como sostienen quienes carecen de otro horizonte que el libre mercado. Vivir en sociedad tampoco consiste en tener sólo relaciones de dominio, como creen quienes carecen de otra meta que la hegemonía del Estado. Vivir en sociedad es tener también relaciones de colaboración y, sobre todo, de solidaridad.

Celebramos hoy a un escritor, es cierto, aunque ante todo celebramos a un hombre. A un hombre universal con honda sensibilidad política y social que optó por ser escritor, quizás sólo porque allí, en la escritura, se hallaba el principal y más valioso de sus talentos.

Y celebramos a un maestro de las letras que es también un maestro de la política. De la política como visión inteligente de las metas que tendríamos que proponernos y de los caminos para alcanzar esas metas. De la política como madura experiencia de sus 80 años, toda una vida llevada adelante de la única manera en que una vida merece ser vivida: con examen, con sentido crítico, con esperanza de que las

cosas pueden ser mejores. Con conciencia de que esos mundos mejores que imaginamos no salen nunca de la cabeza de un solo hombre, sino de la tranquila y perseverante conversación que muchos hombres serenos y esperanzados mantienen todas las noches junto al fuego, mientras pocos pasos más allá duermen los hijos que tienen derecho a un mundo mejor.

Alguien dijo que América Latina "es un cuento de nunca acabar"*. Carlos Fuentes ha escrito muchas de las mejores páginas de ese cuento, y ha imaginado otras, todavía por escribir. Esa es la medida de su talento y de su universalidad.

Muchas gracias.

*** Sergio Marras, en el prólogo a "América Latina Marca Registrada" (1992), su libro de entrevistas con escritores latinoamericanos, incluido Carlos Fuentes.**